



Medalla acertada y oportuna

Los pueblos son lo que son sus gentes. Esto lo sabe bien Jordi Pujol y lo utiliza en sus campañas. Se acabó lo de pueblos ricos y pueblos pobres según sus fuentes naturales de riqueza. Los estados dotados de escasos medios son actualmente los que gozan de un mayor bienestar. Lo que cuenta es el espíritu de sus ciudadanos, la entrega de sus trabajadores y, sobre todo, los conocimientos acumulados en su sociedad.

Estos valores se ponen a prueba en circunstancias de cambio como las que vive España y Menorca en particular. Entonces hay que ofrecer modelos a la población para que cada uno pueda convertirlo en un mito a alcanzar. Creo que no puede ofrecerse mejor ejemplo a los menorquines en el momento de la crisis derivada de nuestra integración en la comunidad europea, que Pedro Montañés Villalonga, trabajador infatigable, inasequible al desaliento, cordial para todos y emprendedor, con una acertada imaginación de cara al futuro.

Hijo de una de las más enraizadas familias mahonesas que contribuyó a la expansión de la ciudad con la urbanización de una nueva barriada, Vilanova, una de cuyas calles lleva su nombre, se ha sentido siempre un vecino más al que no se le ha subido el dinero a la cabeza, ha vivido al día los acontecimientos y anécdotas de nuestro alrededor, ha demostrado una conciencia solidaria tanto en el aspecto personal como material y sus costumbres han sido las de un isleño cualquiera: el campo, como sus mayores; la partida en el Dineret con sus amigos; la pesca, primero en el llaüt «Lecumberri» y después en una embarcación de más porte para lograr mayores «gernes» y algún viaje siempre en compañía de Pilar con la que ha formado una familia ejemplar.

Sin afán de mando ni prota-

gonismo fuera de su área, aceptó como un deber los cargos para los que fue requerido en el Ayuntamiento, la Cámara de Comercio u otras entidades, aportó su colaboración a diversas empresas, extendió la suya por la península a través de filiales y en cada expansión de la ciudad estuvo presente en primera línea, igual en el Polígono Industrial con la fábrica que en el barrio de Bellavista con su chalet.

Nacido en Alaior, de madre alaiorense, recibió una herencia física y sobre todo psíquica muy característica de dicho pueblo del que han salido gran número de hombres y mujeres de gran coraje en la lucha por la vida en la que han asumido el riesgo, con vistas al triunfo. Un ejemplo es la familia de mi abuelo materno los «Casolà» de la que sólo quedó en Alaior una hija casada con un fabricante de calzado, otro se fue a Buenos Aires, donde se asentó, y cinco más llegaron a Maó con las manos en los bolsillos y crearon sendas familias que alcanzaron, todas ellas, un buen nivel social, económico e intelectual.

Pedro Montañés tuvo la suerte de estudiar en aquella Universidad Industrial que con tanta ilusión, más que medios, creó la Mancomunidad de Cataluña. Eran aquellos momentos de una gran inquietud intelectual, expansión económica y agitación social que seguramente influirían en su formación.

Su traslado a Tolouse para trabajar en la fábrica que en dicha ciudad había fundado otro menorquín que debe servir de ejemplo, José Codina Villalonga, ensanchó las perspectivas de Montañés y pudo satisfacer su curiosidad por saber, lo que le permitió consolidar la confianza en sí mismo y en su proyecto.

Su proyecto era lógico, partir de una realidad isleña, el queso Mahón, y ensanchar su mercado al atender la demanda de los

nuevos gustos. Progresar de acuerdo con el ritmo de la sociedad europea, que es el mismo reto que tenemos actualmente planteado.

Para llevarlo a cabo precisaba unos medios humanos y materiales que le aportaron su equipo de colaboradores, entre los que había dos de las mentes más lúcidas que ha dado Menorca, el farmacéutico Juan Mir, experto químico, y el abogado Francisco Orfila, experimentado en otros lances industriales, y dos comerciantes en quesos conocedores del mercado, Massanés en Barcelona y Piris en la isla. Encontrar tan extraordinarios colaboradores fue la piedra fundamental para que la «formatgera» fuese una realidad.

Las dificultades sin cuento para implantar la nueva tecnología en España con las que tropezaron al principio y más aún durante nuestra guerra y la postguerra, en la que debido al aislamiento tuvieron que improvisar toda clase de sucedáneos, fueron superadas gracias al tesón y la serena entereza de Montañés y sus compañeros.

Después, en tiempo de vacas gordas no ha dejado seducirse por los cantos de sirena de diversas multinacionales como le hubiera sido cómodo y rentable hacerlo, porque está enamorado de su obra que es de toda Menorca.

Hoy más que nunca, las nuevas generaciones deben estudiar y aprender de este modelo que a partir del «saber hacer» de los menorquines logró un producto adaptado a los tiempos y circunstancias actuales. A ello posiblemente contribuirá la Medalla de Oro que acertadamente le entrega la Comunidad, en el momento más oportuno.

MATEO SEGUÍ MERCADAL